

Entonces resueltamente, el duque de Valencia dió á conocer en el seno de las Cortes su opinión respecto del matrimonio, rechazando la influencia que en él quería tener la política francesa.

Pero este reto dirigido al Gabinete francés y el afán por desarmar la sublevación que por entonces estallara en Galicia, produjeron su caída.

Istúriz, que representaba la parte del partido conservador que se declarara su adversario, fué el que heredó el poder.

Graves fueron por cierto los acontecimientos que durante el mes de Abril se desarrollaron en Galicia, pero como en todos los casos semejantes, la sublevación fué ahogada en sangre, tanto con la del que los iniciara como de otros muchos que tomaron parte en ellos.

Normalizada de nuevo la tranquilidad pública, la cuestión del enlace de la Reina volvió á ser la preocupación constante del Gobierno, como lo era ya de la nación.

Tras de muchas negociaciones por parte de los gabinetes de Inglaterra y Francia y de proponerse al conde de Montemolín repetidas veces la mano de la Reina, el favorecido fué el primo de doña Isabel, don Francisco de Asís, que jamás había manifestado públicamente predilección por ningún partido ni se había mostrado muy solícito por adquirir la honra que se le destinaba.

Y en efecto era así, pues retardó algún tiempo obedecer á su padre que le llamaba á Madrid y escribió al conde de Montemolín excitándole á aprovechar las circunstancias y á consentir en todo lo que le fuese dable para llegar á ser esposo de su prima.

Sin embargo, sus deseos no obtuvieron éxito alguno, y el 28 de Agosto apareció oficialmente la noticia del enlace de la Reina con su primo don Francisco y el decreto convocando Cortes para el 14 de Septiembre, dando esto lugar á la ruptura de relaciones con la Gran Bretaña, que se vió desairada.

El 10 de Octubre se verificó el anhelado matrimonio de la joven soberana y el de la infanta su hermana, con el duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, siguiéndose á ellos medidas de reparación y de olvido.

La división que se manifestara en el seno del partido dominante en el siguiente año de 1847, acabó por producir la caída del gabinete de Istúriz.

Ya procedía aquella de los primeros días del triunfo creyendo unos que era necesario abrir de nuevo el período constituyente, sustituyendo la

Constitución de 1837 por otra más conforme al criterio científico de los moderados y á sus principios de gobierno.

Otros opinaban que el código fundamental del Estado no debía serlo nunca de un partido, antes convenía que se asentara sobre una base anchurosa y robusta que permitiera el juego alternado de los partidos legales.

La primera de estas tendencias se simbolizaba principalmente por don Pedro José Pidal, así como el genuino representante de la segunda era don Joaquín Francisco Pacheco.

Pero aquella fué la que triunfó, y la Constitución de 1837 fué reformada en ciertos artículos de aplicación peligrosa y en la organización del Senado, no obstante de haber obtenido en otro tiempo la aprobación de Martínez de la Rosa y de otros conservadores respetabilísimos, y la escuela moderada, á pesar de proclamar de continuo el respeto á la legalidad existente y al sentido histórico, que decía anteponer los hábitos á las teorías, que calificaba las cuestiones políticas de eminentemente prácticas, cedió á las exigencias del espíritu doctrinario y verificó una revolución, quizás innecesaria aunque ventajosa bajo algunos conceptos, y ahondó más aún la valla que la dividía del partido progresista.

Falseamiento de la enseña moderada, ofuscación momentánea de un Gobierno prepotente y ensobrecido, llamó la fracción disidente á la reforma constitucional, y he aquí junto con ciertas limitadas tendencias descentralizadoras y con el deseo de hacer cesar la dictadura, el origen y la bandera política del nuevo partido que se llamó puritano, el cual después de figurar siempre á la cabeza de la oposición parlamentaria, se pone en aquellas circunstancias en las esferas del Gobierno, si bien para elevarse á ellas tuvo que valerse de amañadas intrigas cortesanas que después de la victoria fueron calificadas de livianas y torpes.

Pacheco y Salamanca formaron el 28 de Marzo el gabinete, y prescindiendo de ciertas alianzas y compromisos personales que contrajeron en palacio, causando esto la partida de la Reina madre, ha de consignarse solamente lo que representando á su partido se proponían, sus miras en lo interior y en lo exterior.

Agitada la Corte por estos sucesos, desencadenóse al propio tiempo la tormenta en algunas provincias.

El desenlace matrimonial, quitando á los carlistas las postreras esperanzas de concordia, los movió á hacer otro llamamiento á la fuerza.

Fúganse de Francia Cabrera y otros jefes, prepáranse nuevos elementos de guerra, y el conde de Montemolín la declaró en la proclama que dirigió á los españoles.

Al mismo tiempo al pie de los Pirineos apareció otra proclama firmada por la Junta provisional vasco-navarra, y Cataluña fué el país destinado para encender la guerra.

De improviso cunde la noticia de que don Benito Tristany y el Ros de Eroles, á la cabeza de trescientos hombres, han penetrado en la ciudad de Cervera á las voces de Constitución, Carlos VI, fuera los franceses y unión de todos los españoles.

Entran también en Guisona, y á la cabeza de partidas sueltas recorren el país, le ponen á contribución y le alarman, mientras otras bandas amenazan el Ampurdán y la alta Cataluña.

El joven general don Manuel Pavía reemplazó á don Manuel Bretón en el mando del Principado y tuvo la fortuna de comenzar las operaciones con la captura de los dos caudillos nombrados, á quienes hizo pasar por las armas.

Con ello dió por terminada la guerra, pero aun no había llegado la noticia á los opuestos confines de España, cuando la presentación de nuevas partidas vino á suspender las alabanzas y felicitaciones.

Otra complicación en la opuesta parte de la Península se ofreció por entonces al Gobierno, y fué la intervención armada en Portugal, previa la petición de los ministros de aquel reino, que andaba revuelto en reyertas intestinas, habiéndose alzado algunos pueblos.

Don Manuel de la Concha fué el jefe de la expedición de doce mil hombres, que llegaron á Oporto sin disparar un tiro, logrando aquel general con su hábil política, desarmar la revolución y restablecer la paz, sin lastimar gravemente á los vencidos.

Cinco meses habían bastado para que la sañuda oposición de sus adversarios, la falta de cariño y la tibieza de los indiferentes y el ensordecimiento general, dieran al traste con la tentativa de los puritanos y que las voces de reconciliación y de concordia fueran estériles y se perdieran en el vacío.

Las mismas causas que produjeron su elevación hicieron pasar á la fracción puritana como exhalación meteórica por los consejos de la corona, y su estancia en el poder quedó limitada, por decirlo así, á una protesta de varios conservadores contra la tirantez del criterio moderado, cuyas tradiciones se reanudaron en breve.

Pacheco había abandonado el poder dejándolo

en manos de don José de Salamanca, genio osado y carácter espléndido, que se había grangeado la estimación por sus liberalidades y la fama de hacendista á la sombra de su fortuna en los negocios.

El intrépido ministro procura vencer la situación y la enemistad que le ha jurado parte de la fracción moderada, y se arroja á llenar la *Gaceta* de los más trascendentales decretos, sin consultar á las Cortes.

El general Pavía, que creyó peligrosa, atendido el estado de Cataluña, la reforma que de los aranceles se ideaba, fué reemplazado por don Manuel de la Concha; pero ya en esto el duque de Valencia había sido llamado de su embajada de París y como por mágica transformación sube en una noche al ministerio.

Gran movimiento político se observó entonces entre todas las fracciones del partido liberal, comprendiendo los publicistas como por instinto que debían pensar seriamente en su reorganización.

Con el triunfo de la fracción moderada vino poco después la dictadura, ahondándose el antagonismo entre la libertad y la autoridad, siendo por cierto la ocasión oportuna, si es que para la dictadura existe, la en que volvió á empuñar las riendas del gobierno el general Narváez, pues era necesaria una decidida y firme voluntad así como un vigoroso brazo para librar á España de los horrores de la peligrosa crisis que iba á atravesar toda Europa.

La caída de Luis Felipe, el 24 de Febrero de 1848 fué la gota que llenó el vaso, y tras de Francia vinieron Viena y Berlín, é inmediatamente la Hungría y la Italia le siguió.

España no fué menos que las demás naciones, y el 26 de Marzo las calles de Madrid fueron regadas nuevamente con sangre, pero como los sublevados eran pocos, tuvieron que retirarse, si bien vencidos, no domados, como lo demuestra el lanzarse otra vez á la lucha el 7 de Mayo, pero secundados ahora por una parte de la guarnición.

En la reñida pelea que se sostuvo, encontró la muerte el general Fulgosio.

El Gobierno triunfó, y vencida la insurrección trece individuos fueron fusilados y setenta y ocho condenados á deportación.

El movimiento de la capital había coincidido con otros síntomas de trastornos en varios puntos, los cuales se creían patrocinados por Inglaterra, por lo que el Gobierno, que ya antes había demostrado la necesidad de reemplazar á su embajador Mr. Bulwer, tomó la atrevida resolución de enviarle sus pasaportes y acompañarle á la frontera.

Dadas las críticas circunstancias y la pública miseria, no es de extrañar que hubiesen aumentado considerablemente las partidas carlistas en Cataluña, á cuya sombra se habían levantado también algunos grupos de centralistas y otros de republicanos acaudillados por Ametller, Ballera, Baldrich y otros, quienes repartían por los pueblos un manifiesto del infante don Enrique.

Los montemolinistas llegaban ya á cuatro mil y eran mandados por Marsal, Borges, los hermanos Tristany, Caletrus, Pep del Oli y Castells, cuando Cabrera se presentó en campaña.

Elío llamó á sus paisanos los navarros, Alzáa penetró en las Provincias Vascongadas, y en Burgos, en Galicia, en Extremadura, en el Maestrazgo y hasta en Madrid, se manifestaron simultáneamente indicios de una vasta conspiración carlista que amenazaba sumir de nuevo al país en todos los males de la guerra civil.

Sin embargo, todas las tentativas vinieron á quedar frustradas: Alzáa fué fusilado en las Provincias Vascongadas, y sólo Cabrera en Cataluña, desplegando los recursos de su genio organizador y estratégico, pudo llegar á juntar hasta seis mil voluntarios armados y disciplinados, con los cuales burló casi siempre los cálculos de Pavía, investido otra vez del mando del Principado, y fatigó á más de treinta mil hombres.

En medio de estos graves apuros, el gabinete Narváez, que por aquel tiempo recibiera la noticia de un importante triunfo alcanzado en Febrero por las armas españolas en el archipiélago filipino, sentíase bastante fuerte para ir reparando algunos de los males y agravios del antiguo desgobernado, entre otros el del aflictivo estado de la Iglesia española, dando por resultado que desde entonces, 18 de Julio de 1848, quedaron reanudadas las relaciones con la Santa Sede.

Ciñe Pío IX la tiara el año 1846 en medio del entusiasmo, en medio del aplauso de Europa entera; pero pronto se enfrían los ánimos, comenzando por los italianos que habían abrigado la esperanza de la emancipación de su patria, únense á éstos los revolucionarios de todas las naciones, y empeñando por el descontento acabaron por la hostilidad más marcada.

Viene de aquí como lógica consecuencia el abandono del Pontífice por los mismos que habían de ser su sostén, asesinado su ministro Rossi, vueltos en contra suya sus mejores defensores, pudo advertir con asombro, que el 16 de Noviembre, estaba sitiado en su palacio del Quirinal. Sin em-

bargo, no le faltaron algunos entusiastas defensores del mismo cuerpo diplomático, entre los que figuraba el español D. Martín de la Rosa, á la sazón embajador, que sacándole de la ciudad lo trasladan al suelo napolitano.

Entonces, y cual si los italianos no hubiesen esperado más que este momento, proclámase la República en Roma, se establece el triunvirato, y sin que se intimidasen por la victoria alcanzada por los austriacos en Novara sobre el campeón de la causa italiana, invocando antiguas glorias, se emplea la más obstinada de las defensas contra las tropas de las naciones católicas alzadas en contra suya.

España, Austria y Nápoles unidas, resolvieron contribuir al restablecimiento del poder pontificio, pero el Presidente de la República francesa, Luis Napoleón, mortificado por los celos de la victoria alcanzada por los austriacos, formó sus cálculos políticos exclusivos, se adelantó con sus tropas, y poniendo sitio á la ciudad del César, alegando el título de hija primogénita de la Iglesia, que á sí misma se daba Francia, mientras que el español mandado con igual fin á aquel punto hubo de permanecer con los brazos cruzados, representando el más desairado de los papeles.

Una división de vanguardia, española, compuesta de dos fragatas, dos vapores, y otro buque de menor porte, al mando de Bustillos, se presentaba delante de Terracina el día 29 de Abril de 1849. Allá en uno de los fuertes que defienden la ciudad por la parte del mar, flota la bandera tricolor italiana, y ya disponían nuestros soldados á convertirla en cenizas á cañonazos, ya nuestros buques se habían puesto en línea de batalla, cuando aquella insignia de poder fué reemplazada por la blanca de la tregua del parlamento. Varios de nuestros oficiales bajaron á tierra, y de la conferencia que con los italianos tuvieron, resultó que la bandera de Pío IX sería inmediatamente izada, quedando dueñas de la población las tropas españolas, de la que seguidamente se posesionaron.

El día 27 de Mayo del mismo año, arribó á Gaeta otra escuadra española que, al mando del general don Fernando de Córdoba, llevaba á su bordo ocho mil hombres. El general fué recibido por Pío IX con grandes muestras de consideración y afecto, de las que participó el ejército entero, así por su marcialidad, como por su bravura, cuando al día siguiente, Su Santidad, acompañado del rey de las Dos Sicilias, príncipes y dignatarios, revistó las tropas españolas, bendiciéndolas. Partieron el general y sus soldados hacia Velletri, donde esta-

blecieron su cuartel general para esperar los acontecimientos, ya que el francés no permitía que nadie ayudase á sus soldados, hasta que proclamado nuevamente el poder pontificio, regresaron á su suelo nuestras tropas, ya que no con laureles, porque no hubo ocasión de ganarlos, con la consideración y aprecio que en todas partes despertaron sus cualidades militares y su buen comportamiento.

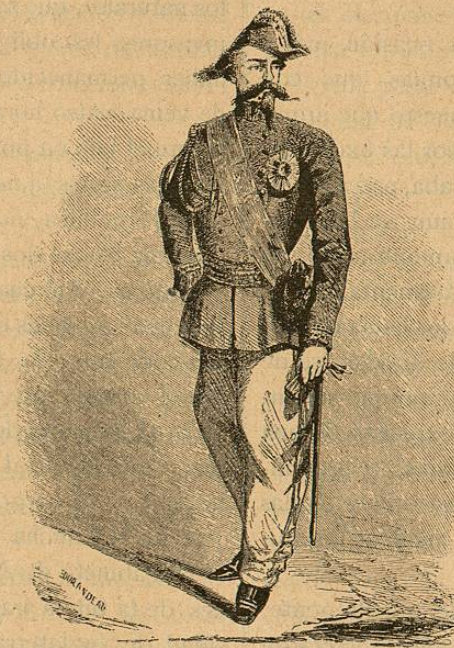
La campaña de Cataluña, en cambio, había dado á nuestro Gobierno otros resultados más positivos y menos inconvenientes.

Habiase confiado nuevamente el mando del ejército al marqués del Duero, don Manuel de la Con-

cha, y los movimientos militares tomaron grande actividad.

Pero Cabrera, á pesar de no tener ni un solo momento de descanso, aceptaba cuantas batallas se le presentaban por el enemigo y daba pruebas constantes de su buen talento militar, como lo demuestra la derrota del general Paredes, la sorpresa del brigadier Manzano, el bloqueo de Vich y otros hechos que sería prolijo citar.

El general Concha, que era el primero en reconocer la gran táctica y valor de su enemigo, no vaciló en recurrir á otros medios para vencerle, siendo los primeros frutos de sus maquinaciones y mane-



VÍCTOR MANUEL

jos, la defección de Caletrus y la de Pons ó Pep del Oli, á las que siguieron las de Pozas, Rivas y otros.

Lo que más lejos de pensar estaba el caudillo carlista era, que el general Concha fuese á hacerle semejante clase de guerra; así que como no se había preparado para ella, no tardó en convencerse de su decadencia, y aun cuando quiso tomar ciertas medidas, era ya demasiado tarde.

Habiase declarado la fortuna abiertamente en contra; el conde de Montemolín, que atravesando Francia pretendía penetrar en España, fué detenido en la frontera catalana por los aduaneros franceses, y otras y otras contingencias que tuvo que sufrir, influyeron poderosamente para la desanimación de Cabrera que se retiró de nuevo á Francia.

Faltos los carlistas de tan valeroso caudillo y de tan poderosa y acertada dirección, no tardaron en huir á la desbandada, acogiéndose al indulto los unos y atravesando la frontera los otros.

Así terminó aquella guerra fratricida en el mes de Abril, y el marqués del Duero fué recibido en Barcelona como pacificador, y luego en la Corte.

Algunos meses después, en el mes de Octubre, cunde la voz por Madrid de la caída de Narváez y la sustitución de aquel gabinete por otro que formaban el conde de Cleonard, el general don Trinidad Balboa y otros.

Pero aquello que indudablemente no era más que un golpe de Estado mal sazonado, duró muy